MONTERREY 24

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Autora del libro *En voz alta* (2015).
Premio Latinoamericano de Cuento
"Benemérito de América" 2005.

Cristina Rascón

Hay más amor aquí

Así dice una barda en tu colonia. Un poeta bien loco pinta bardas por toda la ciudad y un día le tocó a tu barda, donde todos se juntan y nadie los wachaba, pero ya valió madres porque ahora llama la atención y nadie se atreve a rayonearla. Se ve bonita, después de todo. Ahora se juntan a la vuelta, con más sol. Ahí dejaron esas letras negras sobre fondo blanco: *Hay más amor aquí.* No sabes si es de una canción o de dónde, pero no para de girarte en la cabeza. *Hay más amor aquí*: con ganas de gritárselo a la Debanhi o decírselo acá, a solas y en secreto, porque así te sientes cada vez que se te cruza en el camino. Y es que la tienes bien mirada. De tan mirada ya es tuya. Cuando todo se fue a la verga, por el huracán, debajo del puente, tú ya la habías visto y cabrón. Ella le ayudaba a sus jefes, o a unos primos, no recuerdas bien esa parte. Tú en las mismas, escuchando la alegata de siempre de tus jefes, en lo que terminaban de levantar el puesto y a ti y a ella las arrinconaban con aquello de no estén poniendo gorro, pero no había nada qué hacer ni se podían quedar en sus casas. No habías terminado ni primaria, así de huerca estabas. Y ya te gustaba espiarla. Luego se hizo un desmadre, que muévanse para acá, que láncense para allá y acabaron en Churubusco, pero tu puesto ya no estaba junto al de la Dhevanyh. Había que caminar un rato, perderse entre discos y bocinas de vallenato para de pronto ver su cara de aburrida, viendo pasar a las hormigas enfiladas por el suelo. Más fácil en los bailes, un par de años después, cuando por fin te dejaron ir al sonidero y toda la raza se vestía onda cholombiana. Para tu mala suerte apenas habías ido a un par de esas fiestas cuando se pusieron todos bien pesados y hasta a las morritas levantaban, correteaban a los morros, se los peleaban los de la tira

y los del desmadre. Se dejaron de usar los vestidos que tanto te gustaban y que hacía tu prima la más grande, la que sí le sabía a la bailada y a la onda de hacerse que sus tenis, que sus gorras, que sus vestidos con la virgen y esas ondas que te deslumbraron desde que las viste. Ahora ya no avisan ni por radio ni con pósters ni en el feis, es nomás acá entre nos, apenas se están volviendo a hacer, a veces por la noche, más bien por la tarde, en los cambios de turno. Se corre la voz, el nombre del que va a tocar, y se juntan más poquitos, a última hora, ponen primero reguetón, pa despistar. Los batos se peinan a escondidas, en el camión o en los baños, las morras ya llegando se quitan el uniforme y abajo traen los chorcitos o minifalda, pero más normal, nada como antes, si acaso el puro escapulario. Total, que a la Dehbbany la agregaste en el feis, te haces la que te la encuentras, caminas por donde ella va, le sonríes, aunque sean de bandas diferentes y ella se haga la sordeada. Ella va con su raza, tú con la tuya. Ella trae su bato, tú el tuyo. Cuando salen a bailar dos morritas acá, en pareja, no puedes dejar de verlas, hipnotizada. Cachaste a la Debanhii, también wachándolas. Pero la Deebanhi más bien checa si una désas viejas no le estará coqueteando a su Neymar. Tú las miras de gusto. Luego el Wylliam te cacha a ti, ya encabronado. Con la misma mirada de la Debhanny a las viejas resbalosas de su bato. Es que el Neymar es el más guapo, eso sí. Y tu Willy no, tu Wylliam es el más cabrón. Siempre te han gustado los más cabrones. Los que mandan. Los que dan miedo. No es que te sepan muchos, tampoco. Es más, la raza no te cuenta más que al Willy. Porque el otro era casado, tenía casi treinta, de otro barrio. Cuando ese wey vio que andabas con el Willy nomás se hizo a un lado. El Wylliam era conocido, había matado a un tira y ya con eso era como grande, el mero mero de la colonia. A todos les daba miedo el Willy. A ti te gustó desde que lo viste. Y si le gustas al Wylliam pues qué le vas a hacer, ni modo de decirle que no, te metes en un broncón, mejor ya seguirle, es el más chingón de todos, no te va a pasar nada si andas con él, ni a ti ni a tu familia: eso dijeron tu prima y sus amigas. Tenían razón. En tu casa no dijeron nada de la facha de malandro, del pircing y los pantalones guangos. Pero que no tenga jale, mija, eso no está bien, dijo tu padre, pero bajito, como en secreto, nada más a ti. Bísnes nunca falta, diría el Willy. Nunca saludó a tus jefes, nomás de lejos, pero claro, nadie

jamás se ha metido con los de tu casa. Así es la onda. Tu jefe se dio cuenta y ya no dijo nada. Ni cuando llegabas en la madrugada y casi truenas tercero de secundaria. Se oía seguro la voz del Wylliam, y tus gemidos. Te arrinconaba contra la pared, a la vuelta de tu casa. Una vez el Willy supo que le gustabas al Joyita, otro de su banda. Tú ni lo pelabas, lo tirabas a león cada vez que te veía caminando y se te quedaba viendo y te decía de cosas, enfrente de todo el mundo. El Willy dijo que por que tus chors, que porque tus brassieres de colores, que porque ese bato se pone bien loco. En el feis le tiraba pura mala onda al Joyita, que ni captaba qué pedo porque no era nada peleonero, era el típico arribota en el viaje, calmaba a los otros, buena onda. Le decían el Joyita porque en el monchis se atascaba de soda de manzana, de piña, de ponche, de lo que hubiera. Más de una vez se lo madreó el Willy, y los compas del Willy, y los primos de un compa del Willy, ya grandes. Y el otro, quién sabe qué se metía que bien tripeado te seguía viendo, tirando baba, no dejaba de decirte cosas, todo madreado, hasta que el Willy dijo: ese compa ya valió verga. Y no se le volvió a ver. Dicen que en una de esas fiestas donde todos acaban peleando al Joyita lo hallaron tirado en el baño, que porque se puso bien loco, que nadie sabe quién fue, que primero picón y luego bala, que pa rematar. El Willy, cuando supo, se abalanzó sobre ti, con más ganas que antes, venía de esa fiesta y te detuvo ahí a la vuelta de tu casa, te sacudías bajo su abrazo, juntabas las piernas y él las abría, te arrancó la tanga, te sentó sobre él, de pie contra la pared, te levanta fácil, te avienta lejos si quiere, después hizo que te hincaras, si alguien pasaba se iba corriendo, tú querías decirle: ni me gustaba ese wey, pero no te dejaba hablar, ni respirar, te la metía por la boca y por todos lados y cuando vio tus lágrimas te estampó la cara contra unas letras verdes sobre ladrillo rojo. Ay, sí, ajá, dijiste apenas, con los labios temblando, el sabor a sangre en la boca, la cabeza y los ojos a punto de estallar, ajá, sí, deseando que ya se viniera, que el Willy se muera a la verga y todos los hombres te dejen en paz. Hoy la fiesta es en un local abandonado. Bueno, ni tanto, hubo que pagarle al dueño un extra de luz por prender el clima porque a las dos de la tarde está cabrón y aparte adentro se pone oscuro y prenden las luces y las lámparas. Está tu prima, la mayor, y toda su raza. Están los del Neymar y la Devhanni. Están ustedes, los

del Wylliam. Hoy no se hace la sordeada, la Dehbany, te busca los ojos. Tú se los encuentras porque la estás viendo como siempre, sin darte cuenta. Pero esta vez la morra no te ignora. Más bien, comienzas a entender que no es la primera vez que te ve. Miras rápido hacia el Neymar y el Wylliam, demasiado ocupados, wachándose con otros weyes. Ves a tu prima, cobrando en la entrada. La gente en la pista, agandallando campo. Todo mundo en lo suyo. La Debahni riéndose de ti, contigo, qué importa, levanta una soda o una cheve, no alcanzas a ver bien. ¡Salud! *Los caminos de la vida*. Su chorcito de mezclilla. Gotas de sudor bajo la ropa. Tu brassier amarillo. Una joya de toronja. Tus uñas cortas, de colores. La cumbia rebajada: *otra sangre hincha mis venas*. El pircing en la lengua del Neymar. Tu tatuaje, justo abajo del tirante. Tus zapatos de tacón, de remachitos. Las bocinas. Las luces de neón. El abanico y el clima. El rímel corrido. Brillantina. Los hombros del Wylliam, junto a ti. Los ojos de la Dehvannhy. *Otro amor entra en mi pecho*. Las burbujas de luz, como flotando. El humo del hornazo. Las uñas largas de la Deehbani, rosa pastel, con arcoiris en la punta. Los postes en el tianguis. Su rostro clavado en el piso, cuando niña. Las hormigas. *Estoy contigo*. Las cejas juntas de la Devvany, pobladas. *Aunque estés lejos*. El escapulario del Neymar, con el nombre de su raza y atrás el de la Debanhih. Una gorra de los Tigres. *De mi vida*. Las caderas de dos morras bajando hacia la pista, chocando una con otra, suavecito. El Wylliam, espiando tu mirada. Los hombres, que se van juntando. Saltos. Los espejos en la lámpara del techo, dando vueltas. El nombre de la Dhebanni, diferente cada vez que ella lo escribe. Sus tacones blancos. Los gritos cada vez más fuertes de su raza, contra la tuya. *Y no encuentro la salida*. El Neymar persigue a unos weyes y ya no regresa. Aprovechas el desmadre y te le vas perdiendo al Willy, a tu prima, a la banda del Willy y a todos los que sepan que eres la morra del Wylliam. Ya sólo la Deebbi te sigue con la mirada, no la esquivas, la invitas, te sigue el paso y entran al baño. Se sacude bajo tu abrazo y le tiemblan los labios. Sabes que es tuya, ahora mismo, para siempre. Atrancas la puerta y la besas, por fin. Resbalas tu boca y te refugias en cada seno. Quieres quitarle el brassiere, pero no hay tiempo. Le jalas el pelo y sostienes tus ojos muy cerca de los suyos. Le arrancas dos bolas de pelo, una es neta, otra extensiones. Chocas el puño en su mejilla. La empujas al suelo

y le quitas los zapatos. Le sobas los pies. La Deebanii quiere llorar, pero su boca se acerca segura. Te besa y cierras los ojos. Con fuerza, la alejas de ti. No seas mensa, pégame tú también. Afuera, ya no hay música. Adivinas a la banda, buscándolas. Un día el Neymar se va a morir. Un día el Wylliam se va a morir. Mientras tanto, a la Dehvany la vas a seguir adorando, con todas tus fuerzas. Y así mero la vas a cuidar, las veces que haga falta. Abres la puerta. Ya se madrearon: dice alguien. El Wylliam te observa con desconfianza, primero; con aprobación, después, cuando caminas rengueando un pie y se alcanzan a ver zapatos rotos en el piso. A una seña de su mano todos lo siguen, nadie entra al baño a rematar a nadie. Con ganas de gritar *Hay más amor aquí*, de mentarle la madre al Willy, de abrazar a tu Debani. Pero su raza ya le ayuda a caminar y a ti te abraza el mero mero, el más cabrón de todos, y ni a ti ni a nadie a quien tú quieras le va a pasar nada. Tienen razón.